

“Un viaje singular: al filo de la pandemia”

Nora Strejilevich

Nora Strejilevich es escritora y docente universitaria. Su novela testimonial *Una sola muerte numerosa*, Premio Letras de Oro a la literatura hispánica en los Estados Unidos (1996), fue traducida al inglés, al alemán y al italiano. Además de sus relatos breves como “Crónica de una muerte no anunciada” (1995), “*Too Many Names*” (2002), “Inventario” (2005) y “Anamnesis” (2008), entre otros, publicó *Sobre-vivencias* (Premio Narrativa, Universidad de York, Canadá, 1990) y *Un día, allá por el fin del mundo* (LOM, 2019). Sus múltiples artículos se centran en el testimonio, por ejemplo: “Genres of the Real: Testimonio, Autobiography, the Subjective Turn” en *Cambridge History of Latin American Women’s Literature* (Cambridge U Press, 2016). Sus libros de ensayo son *El arte de no olvidar* (Catálogos, 2005) y *El lugar del testigo: Escritura y memoria* (LOM, 2019), galardonado con una Mención Honorífica por el Fondo Nacional de las Artes, Argentina (2017).

Ya no recuerdo cómo fue ese vuelo, el que partió de Ezeiza a fin de febrero del 2020 hacia el aeropuerto de San Francisco. Ese tramo se me borró como tantas cosas que se esfuman de la memoria cuando otras ocupan todo el espacio, todas las sinapsis, todo el cuerpo. Lo que sé es que unos colegas que investigan el tema de la desaparición de personas me convocaron para pensar juntos los rizomas que genera este fenómeno. Desaparición forzada de personas en el caso de la Argentina setentista, desaparición a secas en tiempo presente: en el Mediterráneo, en México, en su frontera con los E.E.U.U., etcéteras. No me va eso de rejuventarlas bajo un solo paraguas, como si el plan sistemático de exterminio se pudiera asimilar a las muertes ‘anónimas’ contemporáneas. El bosque no deja ver cada árbol: lo que se diluye en un término comodín se banaliza y agota. Me niego a que una noción engulla al resto. Habrá que seguir inventando palabras para nombrar cómo el horror se multiplica.

El día de debates no afectó mi convicción aunque valió la pena conocerse, abrazarse, reír y llorar al unísono; escuchar (en vivo y en directo) a otros, confrontar y, ante todo, hacerlo en grupo. Eso que ahora, unos meses después, no podemos lograr del mismo modo porque el planeta, de repente, nos exige aislarnos. Se produjo una suerte de rotación del eje y hay que hablar pantalla de por medio. Tras el viraje ese cónclave es apenas un punto de partida para mi ejercicio favorito: rememorar.

A la mañana siguiente retornamos a nuestros lugares de origen: Bogotá, Madrid, Ciudad de México, Oakland, Chicago. En mi caso el viaje recién empieza. Si decido volar dieciocho horas desde Buenos Aires no es para hacer el tramo inverso la misma semana. Tengo pensado quedarme por un buen tiempo. Para empezar, organicé varios compromisos: dar unas charlas en universidades de otros estados y usar mi seguro médico. Año tras año cumplo con los religiosos exámenes llamados *physical*. El físico puesto al día, procesado cada doce meses por manos y equipos conocedores, a ver si el cuerpo dura un poco más o si hacen falta retoques para seguir tirando.

Parto de la estación de trenes y pregunto de qué lado pasa el

que va al sur de California. En cada parada iré visitando conocidos para darle respiro a horas y kilómetros que se esfuman por la ventanilla al ritmo del traqueteo. Me encanta el encierro voluntario en el ferrocarril, que también me remite a la infancia: *que rápido ruedan las ruedas...* Saboreo el tiempo suspendido y los remansos, el lujo de hacer escala en el pasado. Primera estación, Santa Cruz.

Celia es mi querida excolega de un programa de estudios en Argentina. El programa quedó atrás, nosotras no. Vive con Tim y la pareja lleva una vida perfecta, en una ciudad perfecta, con una perrita perfecta. Se hablan con una delicadeza que solo conozco por las películas de la década del cincuenta. Trato de fluir a la altura, aunque confieso que me cuesta. ¿No se podrá tirar un zapato contra la pared, de repente, para variar de atmósfera? No, por supuesto que no. Además, no hace falta: las noticias lo hacen por mí.

El zapato se llama Covid-19 y aparece en la televisión, que se prende un ratito a la noche antes de ir a dormir (tempranísimo, como corresponde). Los noticieros difunden la aparición de un misterioso virus proveniente de una remota ciudad, Wuhan, que cada uno pronuncia como puede. O como quiere, total el presidente de cuyo nombre no quiero acordarme autoriza a decir cualquier cosa y da el ejemplo. Para simplificar o, mejor dicho, para provocar, le otorga nacionalidad. El virus chino.

Celia cumple años en marzo y ama París. Ahí nos cruzamos por azar una vez: Tim entraba a un café junto al Sena dispuesto a tomar prestados cubiertos de plástico para sus ensaladas, listas para ser saboreadas al aire libre. Yo consumía mi dosis diaria de cafeína y debatía con otra porteña sobre la cuadratura del círculo. Se me acercó sin que lo viera, “*surprise, surprise!*” y llamó a su tesoro para la fiesta del encuentro, los aplausos y las fotografías. A Celia le apasiona vivir como sus heroínas de la *Belle époque* y quiere celebrar sus cincuenta en la Ciudad Luz. Lujos de los académicos del Primer Mundo, que pueden volar de aquí para allá sin que eso deteriore su presupuesto. Que deteriore el planeta es otro asunto (y me incluyo: subo y bajo de aviones como si fueran taxis). Partirán en unos días, en cuanto yo siga rumbo a Los Ángeles. Pero hete aquí que la locutora tira su

zapatilla enlodada, el Coronavirus, en medio del perfecto plan. ¿Qué está pasando? Incertidumbre por todos lados, compañías aéreas que no responden los acuciantes llamados del público. La clase media acomodada se desorienta. ¡No se puede ni planificar un paseo! París se disuelve entre hilachas de ansiedad, paralizada por el miedo.

Día tras día, desde hace años, me comunico con Beatriz, hermana por elección: una artista que vive en Jerusalén desde 1977, época del gran desbande sudamericano. Emigración que también tiene vasos comunicantes con las actuales. ¿Acaso el 'neoliberalismo' no se inauguró en Chile en 1973? En un mensaje Beatriz me cuenta que el Louvre cerró y que las galerías van cancelando sus muestras. Que los turistas se agolpan en los aeropuertos para volver adonde sea. Atando cabos con la catarata de informaciones a la que tan fácilmente accedemos hoy por hoy, en la que nadamos sin remedio, el plan vacacional de Celia y Tim hace agua. El mío no.

El tren no presenta mayor riesgo, es un transporte donde circula el aire—musita mi cantinela autodidacta sacando de la galera razones de la sin razón. Me sirven para encaminarme, sin temor, hacia Los Ángeles. Ya arreglé con 'La sueca', alias Ca-sué: me irá a buscar y pernoctaré en su casa. Ella también viene de otro tiempo y andamos por caminos que se bifurcan. Por suerte, ya aprendió a no bajarme línea con las múltiples vidas que hasta ahora atravesé y que aún me esperan, en esa larga serie de encarnaciones que transitamos. Tampoco me insiste en los estudios médicos a distancia que realiza con su aparato mágico, diseñado tras la Segunda Guerra Mundial para detectar y diagnosticar enfermedades sin necesidad de contar con otros saberes para manejarla (infero que en estos tiempos habrá ampliado el coro adicto a estas consultas). Conoce mi límite: puede hablar conmigo de una urraca que trina en la rama de su árbol toda la noche y de las dificultades que engendran las mudanzas (acaba de volver a California tras media vida en Buenos Aires). Hasta puede contar historias de nietos, siempre que no rebase el tiempo presente y derive en el tiempo de sus ánimas pre y post. Dentro de estos marcos el encuentro es grato, lo admito: es tan loca que me cae simpática y me saca de mi mundillo aunque también, a veces, de las casillas. Se consiguió una casita de madera rodeada de verde como la que fuera mía hasta el 2006 no muy lejos de ahí, y recuperamos a dúo memorias del olfato y la mirada. Claro que nuestro intercambio no da para más de una noche y eso es justo lo que dura la visita. El tema del Covid-19 asoma entrelíneas pero todavía, junto al Pacífico, es una información entre muchas. Sabiendo que tratar el asunto daría pie a alusiones sobre sus métodos terapéuticos, que siempre ofrece por si acaso, damos vuelta la página al unísono. Igual aprovecha la espera en un estacionamiento para manifestar su desconfianza ante la peste que se anuncia. Los científicos y las corporaciones nos quieren dominar con cualquier excusa y terminarán colocándonos un chip para controlarnos, decreta. De vacunas, ni hablar. La interrumpo para señalarle un pajarito de pico amarillo y cierra el suyo. A la mañana siguiente paseamos por playas desérticas, sacamos unas *selfies* en la estación y me deposita en la plataforma adecuada.

Hasta aquí, sin mayores preocupaciones. El virus vuela a toda velocidad, arrasando miles de vidas a su paso con elementos tan invisibles como devastadores. No se sabe bien por qué no parece aterrizar en este punto del mapa. Que yo esté en el mismísimo corazón del monstruo no parece colarse por mi imaginación, porque los Estados Unidos aún no registran o no difunden cifras de contagios—detalle que aparecerá en los titulares mucho más adelante. Sin embargo, estoy atenta. Por las dudas me alejo de otros, por las dudas busco sentarme sola en el vagón. El oído empieza a advertir densidades de una tos colectiva notoria que modulan a coro varios pasajeros. Observo el espectáculo: un señor cubre con su mochila el asiento vacío de al lado para que nadie lo ocupe, otro llega en bicicleta ortopédica y no deja que lo ayuden. Mi sospecha se exploya: ¿será que a estos gringos les inyectaron individualismo hasta la médula y no quieren aceptar una mano? Supongo, en ese instante, que sí. Hoy creo que estaban mejor informados que yo.

Llego de noche a mi destino, San Diego, después de una larga travesía. Cargo dos valijas chicas. Aunque no sean pesadas me resultan incómodas a la hora de cruzar las vías y buscar un taxi. No hace falta, la vereda está pelada y soy la única clienta potencial: uno se acerca, todo fácil. El conductor es músico y dice que ahora, con esta cosa, se acabaron los recitales.

—Me he vuelto esclavo del auto—se queja—. No hay cómo encontrar otro trabajo.

Esto recién empieza, me digo, aterrizando al fin en lo que se viene.

El conductor da unas vueltas hasta ubicar la calle y la dirección que busco. Es la casa de otro excolega que me invitó, en un encuentro casual, a que me aloje unos días con él y su mujer cuando retorne a mi ciudad de antaño. Quedo deslumbrada. Un jardín de cactus multicolores rodea la escalera que seguramente asciende, con sus cuatro escalones, al cielo. Me recibe Nelly. Con una sonrisa de oreja a oreja me ayuda a subir mis bártulos y me ofrece una copa de vino. No estoy en casa, es cierto: apenas en el paraíso.

En el paraíso me enfermo. No digo que me enferme el paraíso, aunque también puede ser porque desconfío de ese sitio. Lo que sostengo (sin ninguna garantía) es que me contagio justo donde me siento más resguardada. Nada es blanco o negro y este es apenas un ejemplo. Peter, el dueño de casa, se había ligado una gripe en un paseo de esquí y parece o me imagino que me la pasa a mí. No vale la pena saberlo a ciencia cierta porque no se trata de un problema personal: los virus necesitan de nuestros cuerpos para sobrevivir y se nos pegan sin pedirnos permiso. Me basta con que ese hecho le venga bien al relato.

Esa gripe hubiera sido inocua en otra oportunidad pero, a esta altura del partido, la alerta roja ante el Covid-19 se disemina por doquier, penetrando nuestra conciencia e inconsciencia. No se habla de otra cosa. Las habitaciones se van perforando de grietas y agujeros por los que se filtra la palabra infección con sus dendritas amenazantes. En un santiamén es epidemia y en otro se

gradúa de pandemia. Desde entonces, un viento mortal acosa al mundo globalizado. Su silbido suena tan desolador como el ulular de sirenas que atraviesan ciudades mudas, acarreado pacientes a hospitales donde reina la escasez. El mundo se vuelve más espectral que nunca. Las universidades se van cerrando y, una tras otra, se cancelan las visitas académicas que ocupaban mi calendario. Una estadounidense de pura cepa me cuenta que su marido salió a comprar balas. El arma ya la tiene. Reacción típica que indica, en este país, pánico en estado de ebullición.

En semejante horizonte mi estado de salud no es un dato menor. Al día dos o tres de mi alunizaje en ese hogar donde Peter cocina delicias, donde la tersura de las palabras y los gestos hacen juego con los tonos cálidos del nido de paredes altas y ventanas generosas, empiezo a sentirme mal. ¿Tendré fiebre? Me toco la frente a falta de termómetro (de golpe es un producto exótico, tan difícil de conseguir como el papel higiénico, los guantes de cocina y el alcohol en gel). Parece que a la noche me sube, porque sudo, pero no es nada del otro mundo. Resfrío, quizá, aunque no estornude. Toso cada tanto, aunque no distingo si el exabrupto es seco o no, clave para detectar al novedoso 'enemigo'. Enemigo entre comillas y con ironía: darle intencionalidad a un virus es insostenible. La gente empieza a leer textualmente lo que antes era un giro travieso del lenguaje y se acabó el humor. En todo caso, la revisación anual sigue siendo mi brújula. Nada más oportuno: tengo cita para ver a un médico que, a la brevedad, despejará mi inquietud.

Y así fue, aunque no del todo. El Dr. Nerd me auscultó y dijo:

—Es una gripe, no se preocupe.

El alivio que sentí de los pulmones para arriba y para abajo me obnubiló la pregunta que hubiera debido formular: ¿Cómo lo sabe, doctor, si ni siquiera me tomó la temperatura? Cuando se me ocurrió ya había entrado otro paciente y la amable secretaria me sugería pedir otro turno para dentro de un mes.

Salgo del edificio y empiezo a caminar por ese sector tan plácido de la ciudad, salpicado de verde, con jardines frente a edificios bajos y nada pomposos. Lo que habitualmente me levanta el ánimo no surte efecto cuando mi estado va de mal en peor. Podrá ser sugestión, pero ¿por qué no aprovechar el servicio médico, un 'lujo asiático' en este país del que disfruto en mi calidad de jubilada?

Entro a un edificio que anuncia emergencias. Me reciben carteles tranquilizadores: "El hospital toma todos los recaudos necesarios". Los pacientes podemos confiar, aquí no vamos a contagiarnos. Me temo que nos alimentan otras fuentes. Ayer nomás me contaron que en uno de esos hospitales casi todos se contagiaron.

—¿Sabe si me pueden dar el test del Covid-19? —le pregunto a la mujer sentada frente al enorme cartel de Informaciones. No entiende. "*Do you know if I can get a test for Covid-19?*" le traduzco por las dudas, sabiendo que esta ciudad fronteriza es bilingüe, o sea que también se habla inglés. Tampoco capta a qué me refiero, no tiene la menor idea. Me inunda la certeza de compartir el planeta con una manada de zombies (me ataca cada tanto pero la controlo

y sigo como si nada). Entonces cambio de estrategia: le pido indicaciones para la sala de urgencias y me las da.

En esa sala saben de qué hablo. Me toman la temperatura y tengo. Acto seguido me llevan a una pieza donde una serie de expertos inicia su desfile para hacerme estudios. Parecen astronautas: cubiertos de pies a cabeza, con plástico alrededor de las botas que luego se sacan y descartan, al igual que los guantes. De un segundo para otro registro la novedad. Soy un peligro andante.

Sé que me irritan las situaciones menores: soy ansiosa y lidiar con nimiedades me saca canas verdes, por eso no sé cocinar ni me molesto en aprender. No tengo paciencia ni para dejar que se caliente el agua de una olla en la cocina y recién después, cuando rompe el hervor, agregar la verdura o la pasta que haga falta. Prefiero tirarlo todo junto y... así sale. Me presento a los aeropuertos con al menos cuatro horas de anticipación por eso mismo, para mantener la calma. A lo largo de los años entendí que mi ansiedad es la otra cara de mi distracción. Recuerdo la película *1984* por una escena donde, en un restaurante con autoservicio, aparece en primer plano una bandeja con huevos que el protagonista retira. ¿Cómo puede ser que retenga esa toma insignificante y no recuerde otra escena de un clásico de tal calibre? Porque en ese momento, desde mi butaca, grité, no sé si para mis adentros: —¡Los huevooooos!— y salí corriendo del cine a mi departamento. Los había dejado a fuego no lento. Como esto pasó en Canadá, el acomodador me persiguió por el hall para darme una entrada gratis. "*Next time you can see it from beginning to end!*" remató el santo. Todavía la guardo de recuerdo.

En las antípodas de estos rasgos deleznable atesoro algunos que me reconcilian conmigo misma: lo realmente grave me serena. En ese cuarto de hospital donde la incertidumbre sobre mi condición me acompaña por horas, donde no tengo ni un libro ni un lápiz ni un celular para matar el tiempo, donde estoy al borde de la peor noticia que le puedan dar a una adulta mayor en esos días, me comporto como una madre después de parir: como si ya hubiera pasado lo peor. Sea como sea, tardan tanto que me asomo y un enfermero mexicano me reta:

—Seño, usted no puede abrir la puerta ni moverse de ahí, ¡tiene que esperar a que la vengan a ver!

Su orden ratifica el susto que genera mi presencia (algo nuevo para mí, que con mi brevísimo tamaño soy incapaz de espantar a un moscardón).

Cuando al fin llega la doctora me dice, un tanto ofuscada:

—Me gustaría haber dado con el virus de la gripe en los análisis, así el resto quedaría descartado. Pero no, no tenemos ninguna clave. No sabemos qué tiene.

—Ah, entonces me harán el test del Covid-19 —infero con entusiasmo.

—No, lo lamento. Para eso la tengo que aceptar al hospital y usted no está lo suficientemente grave como para internarla. No se lo puedo ofrecer.

—Perfecto —remato con el cuchillito afilado siempre a mano

haciendo juego con una sonrisa sarcástica. —Vuelvo cuando esté a punto de morirme y listo.

Ella, por suerte, capta el tono: no es de enojo. Es la triste corroboración del mundo que supimos conseguir.

—Y... sí. Lo siento mucho. No creí que me fueran a responder así, pero los de arriba deciden.

No me sorprende. Conocemos los dichos de la Trompeta presidencial, este no es más que su eco a nivel de nuestros oficios terrestres. El virus se encarga de desenmascarar los cuentos que nos venden disfrazados de noticias de actualidad.

Ya en la casa examino el reporte de los análisis. Una palabra me altera: en la lista de lo detectado en mi sangre leo Coronavirus, hasta que los ojos atraviesan el paréntesis que lo acompaña (no Covid-19). Claro, hay muchos virus con coronita. De todas maneras, ¿cómo saben a ciencia cierta que no es el 19? Trato de creerles, total no hay tratamiento. Lo ideal es quedarse en la pieza y tomar líquidos calientes. Así pasan los días y noto una mejoría. Nunca sabré si lo tuve, tampoco si me inmunicé. Lo que cierto es que capté, con las entrañas, mi apremio por volver. Pero ¿adónde?

Me pasé la vida llamada adulta preguntándome cuál era mi lugar: si acá o allá o todo lo contrario, aunque un acá parecía ser más acá que el otro. En tiempos de desapariciones y reapariciones forzadas los puntos cardinales a veces colapsan. Nunca resolví la ecuación y por eso dejé todo como estaba. Un tanto disléxica mi geografía, pero ya se resolvería. Un par de aviones y algo de ahorros o alguna invitación académica podrían solucionar el problemita de los 9.676 kms. de distancia: seguro médico en el Norte, vivienda en el Sur, entre otras tantas particiones. El tema, evidentemente, no es fácil de resolver, por eso opté por lidiar con dos vidas. Si bien la del Norte es menos grata en lo afectivo, cualquier desastre en inglés me afecta menos. Lo que ocurra es algo que les pasa a 'ellos'. Que este criterio no tenga ni pies ni cabeza y que esté sutilmente embebido en el prejuicio (¿por qué ellos van a ser diferentes a nosotros? y ¿de qué nosotros estoy hablando?) no significa nada. Toda existencia se guía por principios similares. El Norte me resulta agobiante, el Sur —por otros motivos— asfixiante. Por eso me acomoda ir y venir.

La peste, si usamos otra mala metáfora (porque al ser global todo cambia), pone al descubierto ciertas nociones que andan rondando y que el pánico cuelga como trapitos al sol. En lo personal cobra fuerza la idea de seguridad, que no es lo mío pero resulta apremiante. Y en esta curva del destino ese término cobra forma de techo. En San Diego, mientras evalué qué hacer, fantaseo con ocupar el chalet de un muerto reciente: un artista que vivía frente a la playa. Uno de los paseos que emprendí con Casué en los alrededores de Los Ángeles fue para ver su chalet, al que pudimos acceder con un código al estilo Ábrete sésamo. De golpe los ojos se rindieron a la magia de vitrales multicolores desplegados frente al celeste mediodía. Sus reflejos eran flechas luminosas que le hacían cosquillas al ánimo. ¿Cómo puede morir alguien acá? Parece un recodo de la vida eterna, con su ventanal abierto al océano. Una casa nerudiana. Qué tentación, encerrarme y esconderme

por un tiempo en esta placidez. A continuación me ataca la duda metódica, para variar. No tengo auto y para hacer las compras hay que andar demasiado. No es grave, hoy por hoy todo se puede pedir por Internet. Pero, ¿y si me siento mal y necesito ayuda? Casué me anticipa que con suerte podrá venir una vez por semana, y subraya *con suerte*. Esa carencia del factor humano me acobarda. Deshojo margaritas durante tantos días que al final, cuando quiero dar el sí, es tarde: otro candidato decidió ocuparla.

Entretanto la situación se agrava. En China y en Italia mueren como moscas, Francia, Alemania e Inglaterra se suman, el 'bichito' rebota de un país a otro embarcándose en aviones sin mostrar pasaporte. En la Argentina mis amigos cinéfilos no dejan de reunirse los domingos para ver películas y tomar mate. No tengo cómo alertarlos: esto es lejos para ellos, todavía. En cuanto a mí, pondero: ¿no será mejor seguir el plan B, Canadá? (mi refugio en los ochenta, mi familia sustituta, memorias que atesoro). Ahí todavía no pasa nada grave (el Primer Ministro se aisló poco después, cuando su mujer 'dio positivo'). Como Air Canada anuncia generosas devoluciones en caso de necesidad compro un pasaje para ese sábado. En el interin le haré una visita a mi dentista chino (pobre, habrá perdido gran parte de su clientela: ¡no puedo abandonarlo!) y terminaré de curarme.

Estos cálculos, los de la vida, son juegos de azar sin ganador. Se apuesta al plan A por una corazonada. Y nunca se gana o se pierde del todo porque jamás se sabrá qué hubiera pasado si la apuesta era el plan B. Me acaban de ofrecer un alquiler ideal, en Vancouver, hasta fin de abril. El plan A es ver a mis amigos tras la cuarentena obligatoria que ahora se les impone a quienes llegan de países como los Estados Unidos, con alto nivel de contagio corroborado; luego enfilan hacia Montreal, a retirar una valija atascada en un subsuelo desde hace años. Mi amigo Joe, cuya residencia llamamos Hotel Laval, es un yanqui emigrado en los setenta para no engordar filas de soldados ni pilas de muertos en Vietnam. 'El Pibe' me manda, cada tanto, reportes del equipaje que, según él, pide a gritos que su dueña lo recoja porque extraña su lugar de origen. Hasta que un día cualquiera me alerta sobre el posible enclaustramiento de Quebec. Las murallas se levantan por doquier ante la Gran amenaza.

Forzada a resolver mi encrucijada me concentro en mover las piezas para la vuelta con mayúsculas: día tras día se asienta en mí el departamento de Buenos Aires como el lugar que me corresponde. Si bien el extraño privilegio de tantas vidas me marea, algo resuena *de profundis*. Una voz (que decreto el eco del universo aunque venga del celular) me lo dice con todas las letras:

—¿Dónde te gustaría morir? Vete allí.

—Eso es difícil de imaginar —retruco—. No me gustaría morir en ningún lado.

Lo digo de la boca para afuera mas admito que da en la tecla. Atiza mi sentido de urgencia. Como mi ecuación es el exilio errante, la idea de volver a casa no me resulta familiar; recién con una buena bofetada me doy cuenta. Es un trauma irresuelto, diría un psicólogo. Sin embargo me llega la hora y el vértigo marca un rumbo, aunque

todavía borroso. La frontera canadiense se cerrará pronto y no logro adelantar el pasaje. Desde Vancouver podría embarcarme hacia Buenos Aires, ya que ese país no figura en el mapa de los condenados al ostracismo por enfermedad.

Por suerte el ala solidaria de mi planeta, condensada en un par de amigas, me mantiene al tanto de las novedades. Me entero que Delta, la compañía de mi vuelo, ha firmado un acuerdo con Aerolíneas Argentinas. Se me ocurre una estrategia: rechazar el 'no' que, sistemáticamente, me dan cuando pido adelantar mi pasaje de regreso. Los invito a que averigüen mejor; no les permito cortar y cerrar el caso. Como por arte de magia, funciona. El joven que me atiende consulta y, al retomar la conversación, me anuncia:

—Tiene razón, puede embarcarse mañana. —Me dicta el recorrido—: San Diego, Atlanta, Santiago de Chile, Buenos Aires.

Por suerte hago estos trámites al aire libre, con un clima primaveral y cafecito en mano, creando un ambiente propicio para limar asperezas y no levantarle la voz a cualquiera (primer impulso que se dispara al lidiar con estos menesteres). Ya me había comunicado con el Consulado argentino en Los Ángeles y había llenado un formulario, ya había esperado horas y días. Aerolíneas rescataba a ciudadanos argentinos desperdigados por el mundo y los llevaba al aeropuerto de Ezeiza desde Miami o desde Nueva York. Me llegaría el turno pero no sabían cuándo. Esta oferta salió primero. Pájaro en mano. Sí, sí, sí, vivan los viajes carreta, cuenten conmigo.

Aunque en el aeropuerto de Atlanta tuve que esperar largo y tendido, estaba de lo más campante. Ya se acercaba la hora de partir de ese país modelo donde los millonarios prefieren hacer trabajar a la gente que mandarla a casa para prevenir contagios, donde el servicio médico federal cerró sus agencias, donde el shock se quiere aprovechar, una vez más, para engordar las arcas de los que ya no tienen dónde atesorar lo que les sobra. Llamen al mostrador a quienes tenemos pasaporte argentino. Soy la primera en presentarme. La novedad es que no puedo volar porque hace tres horas Chile cerró sus fronteras.

—¡No hay problema! —respondo al borde del éxtasis—. Tengo tres pasaportes —casi me confundo con 'tres tristes tigres'.

Saco las armas de mi gabán no sin cierta pedantería: argentino, canadiense y estadounidense.

—Pueden entrar los surcoreanos y los de Singapur —me corta en seco.

Si bien no confío en mi capacidad de convencer a nadie, lo intento. Le explico que no entraré a territorio chileno, que estaré 'en tránsito'. La empleada fija su mirada en un punto del infinito. No quiere entender, no tiene ganas de lidiar ni conmigo ni con nadie. Me manda a Servicio al cliente. Allí se repite la misma historia y ratifican que debo pernoctar en Atlanta. —Mañana puede volar a San Pablo y de ahí retornar con Aerolíneas.

Entonces le exijo que me mande a un hotel. A primera vista esta compañía aérea no brega por una buena atención al público y no podré inculcarle su importancia en una noche. Con cara de

póker la señorita me informa que no es culpa de Delta que yo no pueda entrar a un país, ergo el gasto corre por mi cuenta. Está de más replicarle que no es culpa mía si no entienden el concepto de 'en tránsito'. Nada vale la pena. Quiere dejarlo todo en mis manos y anticipo la desolación del piso del aeropuerto. Esas sillas, más bien butacas, están diseñadas para que nadie se pueda estirar de modo horizontal. Entonces me planto y juego a las estatuas. Hasta que no me entregue una orden que me permita acceder a un hotel cercano no me mueve nadie. Al final, me da el *voucher*.

Tomo un tren del aeropuerto y después el ómnibus que en cinco minutos estaciona frente al residencial Country Land. Cae el sol. Le saco una foto al balcón de la planta baja. Luce unas típicas hamacas sureñas, blancas, que aparecen en las películas con un hacendado blanco controlando en lontananza a 'sus negros' cortando el blanco algodón. ¿Seré yo la heroína que se sienta en la sección blanca del ómnibus en tiempos de secesión? Basta de esa manía de meterte en todo, Nadia: en esa película no entrás. Sos más blanca que una bandera de paz.

La instantánea del balcón es mi registro íntimo de ¡llegué! sinónimo de ¡gané! Que me traten como a un ser humano y me consigan una cama es mi modesta victoria. En otro flash veo a los aspirantes a refugiados de hoy, ninguneados; a los 'desaparecidos' a quienes tratábamos de hospedar en algún idioma, por lo menos, en la reunión que me trajo a este país hace apenas unas semanas. Me tiro en diagonal para usar todo el colchón y me dedico a espiar por la tele cómo el Coronavirus se desparrama por la pantalla y por el globo. Ante tamaño espectáculo, me quedo dormida.

Al día siguiente tengo que hacer tiempo hasta la hora del vuelo, que sale a medianoche. Un amigo que vive en Atlanta me recomienda llamar al consulado argentino local, por cualquier cosa. Le hago caso y me atienden enseguida. Les cuento el tramo más reciente de mi epopeya. Yo tenía razón: me correspondía embarcarme porque no entraba a Chile, apenas cambiaba de avión. Ya fue, pienso, adoptando nuestra jerga actual, resabio de una historia que, al exigir memoria, precisa olvidar lo desechable. Lo importante es llegar. Me siento apoyada: una línea telefónica de urgencias atiende veinticuatro horas por día. La habilitaron para nosotros, los varados en 'el exterior'.

Cuando piso el avión recuerdo esa insoportable levedad del ser de la que tanto se habló en una época. Para mí es totalmente soportable, estoy de buen humor, soy una levedad burbujeante. Prefiero ventanilla y me toca pasillo pero me dejan elegir. La suerte anda conmigo. La tripulación nos cuenta que está formada por voluntarios que se ofrecen a hacer este trabajo riesgoso. Hay una atmósfera épica, aplausos y sensación de bienestar ante un Estado que al fin protege a sus ciudadanos. El año verde hecho realidad. Claro que nada es perfecto. Mi vecino empieza a toser, por suerte dentro de su barbijo. Me doy vuelta hacia la ventanilla y, a falta de fe, le rezo a Spinoza para que el universo panteísta que describe no me destruya. Aunque el caballero siga tosiendo no se me ocurre, cuando despegue el vuelo, pararme y salir de esa trampa. ¿Confío

en mi protección enmascarada y enguantada? Quién sabe.

Puede que esté centrada en otra cosa, a saber, en mi grado cero de coordinación. Hay que llenar un formulario vinculado a la salud, que nos pedirán al llegar para determinar de dónde venimos, si tenemos síntomas y cuáles. Para eso me hace falta una pluma, como diría un latino en California. Yo digo birome y la dejé en la mochila, a mis pies. Como no la desinfecté tengo que abrir el cierre con los guantes. Son guantes descartables yanquis, hechos para las manos de su población: me van grandes, me sobra un centímetro por lo menos de cada dedo. Conclusión: se me traba la goma en el cierre y no es la primera vez aunque sí la misma mano. El guante izquierdo me queda mocho porque, para salir del trance, tiro con fuerza (o con desesperación). Quedan atascados los dedos índice y gordo. El Covid-19 no distingue tipos de dedos, evalúo, no me sirve proteger cuatro si dejo dos al aire. Me lo saco y eso funciona. Aparece la maldita birome. Ahora busco el *spray* con alcohol, porque la hojita también puede albergar microbios no deseados. A todo esto mi vecino sigue tosiendo. Cuando consigo relajarme miro el formulario y veo que piden el número del pasaporte y la fecha de emisión. No sé nada de memoria, soy una *tábula rasa*. Otra vez el cierre de la mochila, con la otra mano: dar con el pasaporte, copiar el dato, guardar todo, desinfectarse. Mis guantes perdieron todos los dedos pero no todo su sentido: resguardan parcialmente del frío y permiten afirmar el volante al manejar. Lástima que yo no maneje nada. Los quiero tirar y no encuentro dónde. Y el vecino tose a todo lo que da.

En medio de este entuerto, aterrizamos. Nos advierten que habrá que esperar un buen rato. Llamarán primero a los que confiesen algún síntoma. El señor de al lado dirá, para sus adentros: yo, argentino³. Cruzo los dedos para que no se saque el barbijo, para que haga cuarentena al llegar. No me da el cuero para denunciarlo.

Después viene el mecanismo habitual de llegada al país. Por suerte rescato en seguida mis valijas, que siguieron pegaditas a mis cambios de trayecto. Tras las revisiones de rutina, me avisan que el Estado ofrece buses al Aeroparque Jorge Newbery. Todo fluye, eso queda cerca de Palermo, mi barrio. Me subo a un taxi y no nos paran, aunque si lo hicieran no sería grave. Mi pasaje prueba que tengo un motivo para circular, ya que rige la cuarentena nacional.

Veo por primera vez en mi vida a Buenos Aires despojada de su motor: la presencia humana. Esta ciudad tan populosa y dinámica que de golpe se muestra desierta y callada parece otra. Prueba de la caída hacia la ciencia ficción que estamos transitando a unos 9.700 kms. por segundo, decreto a ojo.

Desde entonces la vida transcurre entre cinco estaciones: dormitorio, cocina, living, baño y balcón. No tengo que preocuparme por las compras, una amiga las hace por mí. Cuando me las deja toca el timbre, abro la puerta y recojo la bolsita de la semana. Al final de la jornada salen los vecinos a los balcones a compartir música y aplausos, a paliar el aislamiento. Están abrumados por este régimen de encierro. Yo celebro no tener que desinfectarme cada vez que toco algo. Las manos son las primeras en captar el cobijo que irradia un techo propio.

Al día siguiente recibo este correo de un compañero del encuentro en San Francisco:

Encerrado en mi departamento estoy pensando en las similitudes y diferencias con la desaparición. La incertidumbre sobre la 'suerte' de la persona desaparecida –hoy también tenemos la incertidumbre sobre 'nuestra suerte' y en realidad la 'suerte del mundo'. El aislamiento. La restricción de la libertad de movimiento. El distanciamiento social obligatorio o voluntario (la imposibilidad de los desaparecidos de tener contacto entre ellos, el distanciamiento social hacia familiares de desaparecidos)...

Interrumpo la lectura y le digo en voz alta, como si estuviera al lado mío:

—Pero el virus no es un Estado criminal, Abel, ni un ser que planifique borrar grupos humanos.

¿De dónde sale esta necesidad de pensar todo fenómeno en relación al genocidio?, me pregunto. Claro que este asunto, en manos indeseables, puede desvariar hacia el *spleen* totalitario: quisieron prohibir, en la ciudad de Buenos Aires, la salida a la calle de los mayores de setenta que no tuvieran permiso especial. Un señor en seguida se fabricó una estrella de David amarilla que decía +70 y la difundió por las redes. La medida pasó al olvido pero siempre afloran las ansias de discriminar, que no es sinónimo de cuidar. Para completar el cuadro, la policía y la gendarmería aprovechan para reprimir donde pueden, y pueden sobre todo en barrios pobres. Los viejos hábitos aspiran a renacer en estos climas, incluso si se los trata de mantener a raya.

Habiendo pasado por un centro clandestino, expresión que equivale a campo de concentración y exterminio, mido la distancia sideral entre ese 'pozo' y la reclusión actual, decretada para protegernos. No son comparables, aunque el planeta muestre visos macabros, se avecine una crisis como la de 1930 ¿o peor? y el poder que amasa fortunas aproveche para elevar los índices de impotencia. Lo que veo desde mi rincón infinitesimal son fantoches de papel cada día más al descubierto; sus globos y sus billetes arrastran una vieja y destartada máquina productora de cadáveres. Se apagan, semana a semana, las luces de fanfarria, cae el telón sobre el espectáculo del mercado y se incendia el escenario.

En medio de este panorama salgo a mi balcón a servirme vino en mi copa favorita. Saboreo el tinto. Oigo un coro disperso, va cobrando fuerza. Distingo letras con las que, a las nueve de la noche, muchas voces rompen nuestra existencia de mónadas: *Tantas veces me mataron / tantas veces me morí / sin embargo, estoy aquí / resucitando...*

Marzo 2020

NOTES

¹ Expresión que significa: no tengo nada que ver.